

Philip K. Dick

LA TRANSMIGRACIÓN  
DE TIMOTHY ARCHER

minotauro

# 1

Barefoot dicta sus seminarios en su casa flotante de Sausalito. Cuesta cien dólares averiguar por qué estamos en esta Tierra. También te dan un sándwich, pero ese día yo no tenía hambre. Acababan de matar a John Lennon y creo que sé para qué estamos en la Tierra: para descubrir que lo que más quieres te será arrebatado, probablemente por un error en un lugar elevado y no intencionalmente.

Después de estacionar mi Honda Civic junto al parquímetro me quedé escuchando la radio. Ya se podían oír en diversas frecuencias todas las canciones de los Beatles. Mierda, pensé. Me siento como si estuviera de nuevo en la década de los sesenta, casada todavía con Jefferson Archer.

—¿Dónde es la Puerta Cinco? —pregunté a dos hippies que pasaban.

No respondieron. ¿Habrían oído la noticia de John Lennon? Me pregunté luego qué diablos me importaba del misticismo árabe, de los sufíes y de todas esas cosas de que hablaba Barefoot en su programa de radio semanal por la KPFA de Berkeley. Los sufíes son gente feliz. Enseñan que la esencia de Dios no es el poder, la sabiduría ni el amor, sino la belleza. Es una idea totalmente nueva en el mundo, desconocida por judíos y cristianos. Yo no soy una cosa ni otra. Todavía trabajo en la Musik Shop, en la Telegraph Avenue, de Berkeley, y estoy tratando de pagar la casa que Jeff y yo compramos cuando estábamos casados. Yo tengo la casa y Jeff no tiene nada. Esa ha sido la historia de su vida.

¿Por qué debe preocuparse por el misticismo árabe alguien en su sano juicio?, me pregunté mientras cerraba mi Honda y echaba a andar hacia la hilera de barcas. Especialmente un día hermoso. Pero qué joder, ya había hecho todo el camino por el puente de Richardson, a través del brillante mal gusto de Richmond, junto a las refinerías. La bahía es hermosa. La policía se toma su tiempo en el puente de Richardson, primero cuando uno paga el peaje y luego del lado de Marin. Si uno llega al condado de Marin demasiado rápido, cuesta un montón de dólares.

Nunca me importaron los Beatles. Jeff llevó a casa *Alma de goma* y le dije que era insípido. Nuestra pareja se estaba deshaciendo y yo creo que era desde el momento en que había oído *Michelle* un billón de veces, un día tras otro. Eso debió ser más o menos en 1966, me parece. Una cantidad de gente de la Zona de la Bahía situaba los acontecimientos por las fechas en que habían aparecido los discos de los Beatles. El primer álbum de Paul McCartney en solitario salió el año antes de que Jeff y yo nos separáramos. Si escucho *Teddy Boy* empiezo a llorar. Fue el año en que viví sola en nuestra casa. No lo hagas. No vivas sola. Hasta el fin Jeff tuvo la compañía de su actividad pacifista. Yo me retraje y escuché por la KPFA música barroca que habría sido mejor olvidar. Así oí por primera vez a Edgar Barefoot, que al comienzo me impresionó como una tonta, con esa pequeña voz y ese tono de saborear inmensamente su propia actividad cerebral, deleitándose en cada sucesivo satorri como un niño de dos años. Hay pruebas de que yo era la única persona de la Zona de la Bahía que pensaba así. Más tarde cambié de idea; la KPFA empezaba a transmitir las grabaciones de Barefoot por la noche, muy tarde, y yo escuchaba mientras trataba de dormir. Cuando una está medio dormida, ese canturreo monótono tiene sentido. Varias personas me explicaron una vez que aproximadamente en 1973 se habían introducido mensajes subliminales en todos los programas lanzados al aire en la Zona de la Bahía, y que casi seguramente habían sido los marcianos. El mensaje que yo recibí de Barefoot parecía ser éste: Eres realmente una buena persona, y no deberías dejar que ninguna otra persona determinara tu vida. Como quiera que fuese, empecé a dormir mejor y cada

vez más temprano; olvidé a Jeff y esa luz que se había extinguido cuando murió, sólo que de vez en cuando un incidente brotaba en mi mente, relacionado en general con alguna crisis en el supermercado de la avenida de la Universidad. Jeff solía meterse en peleas en el supermercado. Yo pensaba que era divertido.

Y ahora, comprendí mientras caminaba por la planchada hacia la suntuosa casa flotante de Edgar Barefoot, pondré a mi entrada en este seminario la fecha del asesinato de John Lennon; los dos hechos son ya para mí un todo sin costuras. Qué manera de empezar a comprender, pensé. Vete a casa y fuma un canuto. Olvida la voz de hamburguesa de la iluminación; ésta es una época de cañones; no puedes hacer nada, iluminada o como sea; eres una vendedora de discos graduada en Humanidades en la Universidad de California: «Los mejores carecen de toda convicción...» era algo así. «Qué burda bestia... se agazapa para nacer en Jerusalén.» Una criatura de mala postura, pesadilla del mundo. Tuvimos un examen sobre Yeats. Saqué un nueve. Era buena. Pasaba todo el día sentada en el suelo comiendo queso y bebiendo leche de cabra mientras leía las novelas más largas... He leído todas las novelas largas. Me he graduado en California. Vivo en Berkeley. Leo *El recuerdo de las cosas pasadas* y no recuerdo nada. Salgo por donde entré, como se dice. No me han hecho bien, todos esos años en la biblioteca, esperando que se iluminara mi número, para indicar que mi libro ya estaba en la mesa. Probablemente, esto le ocurre a cantidad de gente.

Pero han quedado en mi mente como unos buenos años, en que teníamos más cabeza de lo que se reconoce en general. Sabíamos exactamente qué debíamos hacer; el régimen de Nixon debía desaparecer; hacíamos deliberadamente lo que hacíamos y ninguno de nosotros lo lamenta. Ahora Jeff Archer ha muerto; hoy ha muerto John Lennon. Hay otros muertos en el camino, como si hubiera pasado algo muy grande. Tal vez los sufíes, con su convicción de la belleza innata de Dios, podrían darme la felicidad; tal vez por eso estoy caminando por la planchada de esta lujosa casa flotante: se cumple un plan en el que las tristes muertes suman algo en lugar de nada, de algún modo se convierten en alegría.

Un chico terriblemente flaco que se parecía a nuestro amigo Joe el *Junkie* me detiene y dice:

–¿... billete?

–¿Quieres decir esto? –saco del bolso la tarjeta impresa que Barefoot me había enviado por correo al recibir mis cien dólares. En California se compra iluminación como guisantes en el supermercado, por el peso y por el tamaño. Quisiera dos kilos de iluminación, me dije. No, mejor cinco; realmente me estoy quedando escasa.

–Ve a la parte de atrás –dijo el joven escuálido.

–Que tengas un bonito día –dije.

Al ver por primera vez a Edgar Barefoot una se dice: éste arregla engranajes de coche. Mide más o menos uno sesenta y cinco y es tan pesado que debe vivir de comida de plástico, y en especial hamburguesas. Es calvo. Para esta zona del mundo en este momento de la civilización humana se viste al revés; lleva un largo abrigo de lana, pantalón castaño y camisa azul de algodón, de lo más ordinario..., pero sus zapatos parecen costosos. No sé si se puede llamar corbata esa cosa que lleva alrededor del cuello. Tal vez han intentado colgarlo y pesaba demasiado, la soga se cortó y siguió ocupándose de sus asuntos. La iluminación y la supervivencia se entremezclan, me dije mientras me sentaba; había sillas plegables baratas y algunas personas aquí y allá, especialmente jóvenes. Mi marido está muerto y su padre está muerto; la amante de su padre tomó un cubo de barbitúricos y está en la tumba, perpetuamente dormida, que para eso lo tomó. Parece una partida de ajedrez; el alfil muerto y con él la rubia dama noruega a la que mantenía con el dinero del Fondo Discrecional del Obispado, según Jeff. Una partida de ajedrez y un fraude. Este tiempo es extraño, pero aquel era mucho más extraño.

Edgar Barefoot, de pie, nos indicó que cambiáramos de sitio y nos sentáramos más adelante. Me pregunté qué ocurriría si encendía un cigarrillo; una vez encendí uno en un *ash-ram* después de una lección de los Vedas... El desdén de la congregación descendió sobre mí, y también un dedo que se clavó entre mis costillas. Había ultrajado a los más altos. Lo

extraño de los más altos es que mueren como los más comunes. El obispo Timothy Archer tenía una cantidad de elevación, por tamaño y por peso, y de nada le valió; está bajo tierra como el resto. Para esto sirven las cosas espirituales. Para esto sirven las aspiraciones. Él buscaba a Jesús. Más que eso, buscaba lo que está detrás de Jesús, la verdad real. Si se hubiera contentado con la verdad de mentira, todavía estaría vivo. Esto merece reflexión. Gente menor, que acepta la falsedad, está viva para contarle; no ha perecido en el desierto del Mar Muerto. El más famoso obispo de los tiempos modernos muerde el polvo porque desconfía de Jesús. Hay en esto una lección. De modo que tal vez elija la iluminación. Lo sé. Sé también que conviene llevar más de dos botellas de coca-cola cuando uno sale a recorrer el desierto a quince mil kilómetros de su hogar. Y no consultar el mapa de una gasolinera como si uno estuviese en un barrio de San Francisco. Eso sirve para localizar los Portsmouth Square, pero no es muy útil para encontrar la fuente auténtica de la cristiandad, escondida del mundo durante los dos mil doscientos últimos años.

Me iré a casa a fumar un canuto, me digo. Esto es pura pérdida de tiempo, desde el momento en que ha muerto John Lennon todo es una pérdida de tiempo, incluso lamentarlo... He dejado de apenarme por la Cuaresma. Es decir, dejo de sufrir.

Alzando las manos, Barefoot empieza a hablar. Apenas reparo en lo que dice, ni lo recuerdo mucho tiempo. La tonta soy yo, por pagar cien dólares para escuchar esto; él era el más inteligente, porque se quedaba con el dinero; nosotros debíamos dárselo. Así se calcula la sabiduría; por el que paga. Yo enseño esto. Yo debería instruir a los sufíes, y también a los cristianos, en especial a los obispos episcopales, acerca del uso de sus fondos. Al frente cien dólares, Tim. Imagínate, llamar Tim al obispo. Como llamar al papa George o Bill, como el lagarto de *Alicia*. Creo que Bill bajaba por la chimenea. Una oscura referencia; como lo que dice Barefoot, que pocos reparan en ella y nadie la recuerda.

–La muerte en la vida –decía Barefoot–, y la vida en la muerte; dos modalidades, como el *yin* y el *yang*, de un continuum subyacente. Dos caras, un «holon» como dice Arthur

Koestler. Deben leer *Janus*. Cada una penetra en la otra, como en una alegre danza. Es el Señor Krishna quien baila con nosotros y a través de nosotros; todos somos Sri Krishna que, como recordaréis, aparece en la forma del tiempo. Esta es su forma real, universal. La forma última, el destructor de todas las personas..., de todo lo que existe –nos sonrió con beatífico placer.

Sólo en la Zona de la Bahía se toleran estos disparates, pensé. Un niño de dos años nos hablaba. Dios, qué absurdo es todo. Sentí el viejo disgusto, la irritada aversión que cultivamos en Berkeley y que tanto agradaba a Jeff. Su placer consistía en enfadarse por cada trivialidad. El mío, en soportar los disparates. Con un costo financiero.

Me asusta terriblemente la muerte, pensé. La muerte me ha destruido, no Sri Krishna, destructor de todas las personas; ha sido la muerte la destructora de mis amigos. Los eligió y dejó en paz a los demás. Jodida muerte, me dije; has apuntado a los que yo amaba, has utilizado sus locuras para imponerte, te has aprovechado de personas alocadas, lo que es verdaderamente mezquino. Emily Dickinson estaba llena de mierda cuando parloteaba acerca de la «amable muerte»; es una idea abominable que sea amable la muerte. Nunca vio seis coches apilados en la autopista de la costa Este. El arte, como la teología, es un fraude envasado. Abajo la gente pelea mientras yo busco a Dios en el índice. Dios, argumentos ontológicos a favor. O mejor, argumentos prácticos en contra. No hay un índice así. Habría ayudado a muchos si hubiera existido a tiempo: Argumentos contra ser un tonto, ontológicos y empíricos, antiguos y modernos (véase sentido común). El problema de la educación es que ocupa un largo tiempo; gasta la mejor parte de tu vida y cuando termina, comprendes que más te habría beneficiado entrar en la banca. Me pregunto si los banqueros tienen estas dudas. Sólo quieren saber a cuánto ha subido hoy el interés. Probablemente, si un banquero se aventura en el desierto del Mar Muerto, llevará raciones concentradas, cantimplora, pistola de señales y un cuchillo. Y no un crucifijo que muestra una idiotez previa, para que no se le olvide. Destructor de las personas de la autopista de la costa Este y de mis esperanzas..., Sri Krishna; nos has cogido a todos.

Buena suerte en tus otras empresas. Siempre que sean igualmente loables para los demás dioses.

Estoy exagerando, pensé. Esta furia es un disparate. Me he vuelto presumida frecuentando a la comunidad intelectual de la Zona de la Bahía; pienso como hablo, pomposamente y en enigmas; no soy una persona sino una voz que me reprocha. Y peor aún; hablo como escucho. Basura que entra, basura que sale, como dicen los especialistas en la ciencia de la computación. Debería ponerme de pie y hacer a mr. Barefoot una pregunta insensata y volver a casa mientras él articula la respuesta perfecta. De ese modo, él triunfa y yo me marchó. Los dos ganamos. No me conoce, yo no lo conozco, excepto como una voz sentenciosa. Acaba de empezar, y ya rebota en mi cabeza; y ésta es la primera de muchas lecciones. Sentencioso Parloteo..., el nombre del criado negro de los Archer, familia de una serie televisiva. «Sentencioso, mueve tu negro trasero hasta aquí, ¿quieres?» Lo que dice este hombrecillo zumbón es importante: habla de Sri Krishna y de cómo mueren los hombres. Es un tema que me parece significativo, por mi experiencia personal. Yo tengo motivos para saberlo, porque me es familiar. Apareció en mi vida hace unos años y no se quiere ir.

Una vez tuvimos una vieja casa de campo, pequeña. Alguien conectó una tostadora y hubo un cortocircuito. Durante la estación lluviosa, goteaba agua de la bombilla de luz de la cocina. De vez en cuando, Jeff derramaba en el techo una lata de una cosa negra, como alquitrán, para evitar goteras. No podíamos pagar el material especial. El alquitrán no servía de nada. Nuestra casa y otras parecidas estaban en la parte baja de Berkeley, en la San Pablo Avenue, cerca del Dwight Way. Lo mejor era que Jeff y yo podíamos ir a pie hasta el restaurante Mala Suerte y ver a Fred Hill, el dueño, que era agente de la KGB, decían algunos... Preparaba las ensaladas y elegía los cuadros que se exhibían gratuitamente. Cuando Fred llegó a la ciudad, hace años, todos los miembros del Partido en la Zona de la Bahía se helaron de miedo; era un indicio de que en la vecindad había un cortacabezas del Sóviet. También indicaba quiénes pertenecían al Partido y quiénes no. El miedo reinaba entre los primeros, pero a nadie más le importaba. Era como el juez escatológico que elige entre todos a las ove-



jas, los fieles; sólo que en ese caso eran las ovejas las que temblaban.

Las fantasías de pobreza excitaban el regocijo universal en Berkeley, así como la esperanza de que la situación política y económica empeorara y el país fuera lanzado a la ruina; ésta era la teoría de los activistas. Un infortunio tan vasto que destrozaría y sumergiría en la derrota a todo el mundo, responsables y no responsables. Estábamos entonces, y estamos ahora, locos de atar. Ser loco es culto. Por ejemplo, hay que estar loco para darle a una hija el nombre de Goneril. Como nos enseñaban en las clases de literatura inglesa de la universidad, la locura era divertida para los concurrentes del Globe Theater. Ahora no es divertida. En tu casa eres un primer actor; pero aquí sólo eres el autor de un libro difícil titulado Aquí vienen todos. Importante, pensé. Con la foto de una cara mediterránea. Y por eso, como por las palabras de Barefoot, pagábamos buen dinero. Cualquiera pensaría que haber sido pobre tanto tiempo me habría enseñado algo, o aguzado mi entendimiento. O mi instinto de autoconservación.

Soy la última persona viviente que conoció al obispo Timothy Archer, de la Diócesis de California, a su amante y a su hijo, mi marido, el dueño de casa y ganador del sustento pro forma. Alguien debería... bueno, sería espléndido que nadie se marchara como ellos hicieron colectivamente, dispuestos a morir, cada uno, como Parsifal, un perfecto necio.

## 2

Querida Jane Marion:

En dos días, dos personas –un amigo escritor y otro editor– me han recomendado *La cubierta verde* diciendo, en realidad, lo mismo: que si deseaba saber qué sucedía en la literatura contemporánea ya era hora de que conociera su obra. Cuando llegué a casa con el libro (me habían dicho que el ensayo del título era lo mejor y que empezara por ahí), vi que se refería a Tim Archer. De modo que lo leí. De pronto mi amigo estaba vivo de nuevo. Me dio un gran dolor, no alegría... Yo no puedo escribir sobre él porque no soy escritora, aunque me gradué en letras en la Universidad de California; sin embargo un día, como ejercicio, me senté a garabatear un diálogo apócrifo entre él y yo, para ver si por alguna casualidad lograba capturar la cadencia de su incesante flujo de palabras. Descubrí que podía hacerlo, pero el resultado, como el mismo Tim, estaba muerto.

La gente a veces me pregunta cómo era él, pero no soy religiosa y no veo con tanta frecuencia personas pertenecientes a la iglesia, aunque antes sí ocurría. Mi marido era su hijo Jeff, de modo que conocí a Tim de manera muy personal. Hablábamos a menudo de teología. En el momento del suicidio de Jeff, recibí a Tim y a Kirsten en el aeropuerto de San Francisco; venían de Inglaterra, de un encuentro con los traductores oficiales de los Documentos Zadokitas; en ese punto de su vida Tim empezó a creer que Cristo era un fraude y que los zadokitas eran los depositarios de la verdadera religión. Me preguntó cómo dar esa noticia a su congregación. Esto fue antes de Santa Bárbara.

Tenía instalada a Kirsten en un sencillo apartamento en el distrito de Tenderloin. Muy poca gente iba allí. Por supuesto, Jeff y yo podíamos. Recuerdo el momento en que Jeff me presentó a su padre. Tim se acercó y dijo: «Me llamo Tim Archer.» No dijo que era obispo. Sin embargo, llevaba el anillo.

Atendí el teléfono cuando avisó que Kirsten se había suicidado. Aún estábamos doloridos por la muerte de Jeff. Me quedé escuchando a Tim, que decía que Kirsten «acababa de irse lejos»; yo miraba a mi hermano menor, que verdaderamente quería a Kirsten; estaba armando un modelo en madera de balsa del Spad de 1913; sabía que la llamada era de Tim, pero no, por supuesto, que Kirsten ahora también había muerto, como Jeff.

Tim era distinto de todas las personas que he conocido en esto; podía creer cualquier cosa y de inmediato actuar sobre la base de esa nueva creencia, es decir, hasta que encontraba otra y se guiaba por ella para actuar. Estaba convencido, por ejemplo, de que una médium había curado los problemas mentales del hijo de Kirsten, que eran graves. Un día, mientras veía una entrevista de David Frost a Tim, por TV, comprendí que estaba hablando de Jeff y de mí; sin embargo, no había ninguna relación entre lo que decía y la situación real. Jeff también lo vio, y no percibió que su padre hablara de él. Como los realistas medievales, Tim creía que las palabras son cosas reales. Si se puede poner algo en palabras, es de facto verdad. Esto es lo que le costó la vida. Yo no estaba en Israel cuando murió, pero puedo verlo en el desierto, estudiando el mapa como si fuera el de una gasolinera de San Francisco. El mapa decía que si uno recorría X kilómetros llegaría a Y, de modo que él ponía el coche en marcha y recorría X kilómetros, convencido de que allí estaría Y... Lo decía el mapa. El hombre que dudaba de cada elemento de la doctrina cristiana creía todo lo que veía escrito.

Pero el incidente que, a mi juicio, más lo revela, ocurrió un día en Berkeley. Jeff y yo teníamos que esperarlo a cierta hora en cierta esquina. Tim llegó tarde, en coche. Y persiguiéndolo, furiosísimo, un empleado de gasolinera. Tim había llenado el depósito y luego, al retroceder, había destrozado un surtidor. Y había partido de inmediato porque iba a llegar tarde a su cita con nosotros.

–¡Me ha roto el surtidor! –gritaba el hombre, sin aliento y fuera de sí–. Llamaré a la policía... Y después escapó. ¡Tuve que seguirlo hasta aquí!

Yo quería saber qué le decía Tim a ese hombre. Estaba muy enojado, y era un hombre muy modesto, situado al pie de la escala social en la que Tim estaba en la cumbre; quería ver si Tim le informaba que era el obispo de la diócesis de California y que era conocido en todo el mundo, amigo de Martin Luther King Jr., de Robert Kennedy, un hombre grande y famoso que en ese momento no vestía sus hábitos. Tim no lo hizo. Pidió perdón humildemente. Un rato más tarde, el empleado de la gasolinera comprendió que su perseguido era una persona para la cual los grandes surtidores de colores brillantes no existían, un hombre que, muy literalmente, vivía en otro mundo. Ese otro mundo era lo que Tim y Kirsten llamaban el «Otro Lado»; y paso a paso, ese Otro Lado los atrajo a todos; primero a Jeff, luego a Kirsten y por fin, inevitablemente, al mismo Tim.

A veces me digo que Tim todavía existe, aunque ahora está totalmente en ese otro mundo. ¿Cómo dice Don McLean en su canción *Vincent?* «El mundo no ha sido hecho para alguien tan hermoso como tú.» Ni para mi amigo; este mundo nunca fue realmente real para él, de modo que pienso que no era el que le correspondía. Un error cometido en alguna parte, y que él, en el fondo, no ignoraba.

Cuando recuerdo a Tim pienso:

*And still I dream he treads the lawn  
walking ghostly in the dew,  
pierced by my glad singing through...\**

Como decía Yeats.

Muchas gracias por su trabajo sobre Tim, pero dolió verlo vivo de nuevo por un instante. Supongo que ésa es la medida de la grandeza de un texto, que pueda hacer eso.

\* «Y aún sueño que pisa la hierba  
caminando espectral sobre el rocío,  
atravesado por mi canto alegre...»

En una novela de Aldous Huxley, creo, un personaje telefona a otro y grita excitado: «¡Acabo de encontrar una prueba matemática de la existencia de Dios!» Si hubiera sido Tim, al día siguiente habría encontrado otra prueba contradictoria de la primera y la habría aceptado con igual rapidez. Era como si estuviera en un jardín y cada flor fuera nueva y diferente y él las descubriera una por una y se sintiera igualmente encantado por cada una, y olvidara entonces las anteriores. Era absolutamente leal a sus amigos. A ellos no los olvidaba nunca. Eran sus flores permanentes.

Lo más extraño, mrs. Marion, es que en cierto sentido lo extraño más que a mi marido. Quizá me impresionaba más. No lo sé. Tal vez usted me lo pueda decir; es la escritora.

Cordialmente,

Angel Archer

Escribí esto a la famosa autora, perteneciente al *establishment* literario de Nueva York, Jane Marion, cuyos ensayos se publican en las mejores de las pequeñas revistas; no esperaba respuesta y no la recibí. Tal vez el editor –a quién la envié– la leyó y la arrojó lejos; no lo sé. El ensayo de Marion sobre Tim me había enfurecido; se fundaba íntegramente en información de segunda mano. Jamás había conocido a Tim, pero de todos modos escribía sobre él. Decía que Tim «dejaba caer las amistades cuando servía a sus fines» o algo así. Tim jamás dejó caer una amistad, en su vida.

Esa cita que habíamos hecho Jeff y yo con el obispo era importante. En dos sentidos: uno oficial, otro extraoficial, como se vio. En lo que concierne al aspecto oficial, yo me proponía favorecer un encuentro, una asociación, entre el obispo Archer y mi amiga Kirsten Lundborg, que representaba al MEF en la Zona de la Bahía. El Movimiento de Emancipación Femenina quería que el obispo pronunciara un discurso en su defensa, gratuitamente. Por ser yo la mujer del hijo del obispo, se suponía que debía arreglarlo. Es innecesario decir que Tim no parecía comprender la situación, pero eso no era por su culpa; ni Jeff ni yo le habíamos dado la menor pista. Tim suponía que nos reuniríamos a comer en el Mala Suerte, del

que había oído hablar. Tim pagaría la cuenta, porque no teníamos dinero ese año, ni habíamos tenido tampoco el anterior. Como dactilógrafa de un estudio jurídico en la avenida Shattuck, yo era la ganadora del sustento putativa. El estudio jurídico estaba integrado por dos tipos de Berkeley que participaban activamente en todos los movimientos de protesta. Defendían casos vinculados con las drogas. La firma se llamaba BARNES Y GLEASON, ESTUDIO JURÍDICO Y CERERÍA; vendían también velas hechas a mano, o por lo menos las tenían en exhibición. Era la forma elegida por Jerry Barnes para insultar a su propia profesión y establecer con claridad que no tenía la intención de ganar ningún dinero. Con respecto a esta meta había alcanzado éxito. Recuerdo que una vez un cliente agradecido le pagó con opio, una barra negra que parecía de chocolate amargo. Jerry no sabía qué hacer con ella. Terminó por regalarla.

Era interesante ver a Fred Hill, el agente de la KGB, saludando a todos los concurrentes como hace un buen dueño de restaurante, sonriente, dando apretones de manos. Hill tenía ojos fríos. Según lo que se decía en la calle, tenía autoridad suficiente para matar a quienes se mostraban díscolos con la disciplina del Partido. Tim apenas dedicó su atención al hijo de perra mientras nos guiaba a una mesa. Me pregunté qué diría el obispo de California si supiera que el hombre que nos ofrecía el menú era un ciudadano ruso, oficial de la policía secreta soviética que se encontraba en Estados Unidos con nombre falso. O tal vez esto sólo era un mito de Berkeley. Como en los muchos años anteriores, Berkeley y la paranoia eran compañeros de cama. Estaba lejos todavía el fin de la guerra de Vietnam; Nixon aún tenía que sacar de allí las fuerzas estadounidenses. Watergate se encontraba a muchos años. Los agentes del gobierno pululaban en la Zona de la Bahía. Nosotros, los activistas independientes, sospechábamos a todos de connivencia; no confiábamos en la derecha ni en el PC-USA. Y si había una cosa odiada en Berkeley, era el olor de la policía.

—Hola, amigos —dijo Fred Hill—. La sopa de hoy es minestrone. ¿Un vaso de vino mientras deciden?

Los tres dijimos que queríamos vino (mientras no fuera Gallo), y Fred partió en su busca.